

Estudios Sociales
Año XXVI, Número 91
Enero-Diciembre, 1993

PENSAR LO POLITICO, REINVENTAR LA POLITICA

No se hace evidente en nuestro tiempo y lugar dedicar un número de revista a una reflexión propiamente filosófica sobre lo político y la política. Aunque por motivos diferentes, tanto la "política" como la "filosofía" gozan hoy en América Latina de un desprestigio bastante generalizado.

Un tipo de práctica politiquera bañada de corrupción, engaño, nepotismo, búsqueda de beneficios personales, malversación de fondos públicos, uso arbitrario de la fuerza, autoritarismo, ineficacia administrativa, irrespeto al orden jurídico-constitucional, demagogia populista... ha sedimentado en la gran mayoría de la población la identificación de la política con algo "sucio" –paradigma de la suciedad– y hasta "diabólico" –poder seductor endemoniado y perverso–.

La "filosofía" no escapa tampoco a otros tantos estereotipos negativos, que parecen acentuar ahora el extremo opuesto. Ella refiere a algo demasiado "puro": pura teoría –ideal, pero ineficaz–, pura abstracción –"aérea", irreal, "trascendente", subjetiva–, pura complicación –"profundidad" que raya en lo incomprensible y en lo "inútil"–. Las causas de estas "pre" o "post"–comprensiones hay que buscarlas de nuevo en las prácticas y en los lugares identificados con la filosofía, más escasos aunque no por ello menos llamativos. Muchas de estas causas están ligadas a la práctica educativa: programas y métodos "bancarios" obsoletos de enseñanza del pensamiento en general –y de la filosofía en particular– en el bachillerato, falta de preparación de los profesores, poca importancia y tiempo concedidos a la asignatura. El saber filosófico se reduce así en la experiencia cotidiana a una especie de filosofía "barata" o "de bolsillo": a una acumulación de autores y citas –inconexas, ahistóricas, descontextualizadas y vagas–, o a un juego de palabras que

busca confundir, enredar, ganar una discusión de forma artificiosa, mostrar "erudición" y "cultura" académica. Los extremos también aquí se tocan, como vemos. Lo "puro", que caracteriza en la comprensión ordinaria a la filosofía, se descubre ahora como *instrumento estratégico* de engaño y de dominio ideológico "sucio". Por otra parte, "hablar de política" puede ser equivalente muchas veces, en el lenguaje coloquial, a "hablar disparates".

Estas percepciones cotidianas sobre la filosofía y la política en nuestro medio no son nuevas para nosotros, lamentablemente hace *tiempo que forman parte de nuestra "costumbre"*. Su presencia no constituye, sin embargo, simplemente "un hecho" –un dato o realidad constatable neutral e indiferente–, sino que tiene fuertes implicaciones político-filosóficas y filosófico-políticas. Asumir tranquilamente estas posiciones, ¿no implica acaso el **optar por entregar la política a los politiqueros y la razón a los irrazonables, o, lo que podría ser lo mismo, optar por entregar la política a los irrazonables y la razón a los politiqueros?** Pero el asunto no termina aquí. Efectivamente, quedan implícitas además otras decisiones e interrogantes igualmente cruciales y fundamentales: ¿quién o quiénes trazan la línea divisoria entre la política y la politiquería, o entre una "buena" o "mala" política, o entre una política razonable o irrazonable?, ¿cómo lo hacen?, ¿a partir de qué lo justifican?

Todas estas cuestiones, lejos de reforzar inercias paralizantes y justificadoras de aparentes a-politismos e irrazonabilismos "neutrales", nos colocan frente a lo ineludible de la decisión política y reflexiva que nos caracteriza como seres humanos. Estas cuestiones atraviesan así el horizonte de las ciencias sociales –y en particular de la ciencia política– al mismo tiempo que nos empujan también más allá. La **racionalidad** explicativo-descriptiva que nos aportan las ciencias y su *aproximación lógico-instrumental* constituye un elemento básico para el análisis; ella no agota sin embargo la totalidad de las perspectivas, ni responde a la cuestión del sentido fundamental y último que orienta nuestras opciones. Queda pendiente, pues, el horizonte de la **razonabilidad** de nuestra práctica social y política; y es aquí que una filosofía política encuentra su lugar y objeto: la comprensión de los objetivos y

finalidades –y no sólo de los medios calculables– inscritos en la realidad por la actividad de los seres humanos.

La filosofía política es, como nos dirá **Vicente Santuc** siguiendo a Eric Weil, "la consideración razonable de la realidad histórica". Se trata de considerar lo que hay de razón, de voluntad de razón en la realidad, es decir, en la organización del mundo que es el resultado de la acción del hombre. Hacer eso es al mismo tiempo reconocer necesariamente lo que hay de sin razón, de violencia, de arbitrariedad en esa misma realidad. Dicho esfuerzo no se agota en la mera contemplación, en la teoría, sino que se despliega para reconocer en la realidad lo que ella permite e impone como modificaciones de acuerdo a las metas y a los rechazos que nosotros mismos podemos definir".

Este esfuerzo, además de explicitarlo en su particularidad, Santuc lo pone en práctica asumiendo el desafío de pensar tanto lo que hay de unidad y de pretensión de universalidad en la sociedad económica moderna planetaria como los desgarramientos que ella misma produce y las preguntas que levanta. El autor nos aclara que si bien la filosofía no aspira a resolver los problemas técnicos, ella sí nos puede ayudar a ver y explicitar en medio de qué problemas nos movemos, a entender los alcances y el sentido de los mismos, y a liberarnos de los falsos problemas. Esta tarea se nos impone hoy más que nunca. Se trata para Santuc, como para Weil, de "ver cómo y qué significa estar a favor de la sociedad moderna", de ver lo que hay de razón y de sin razón en ella, reconociendo que junto al legado de su racionalidad instrumental y calculadora (con sus efectos benéficos y perjudiciales) ella nos ha ofrecido también el reconocimiento de una razón política y ética –voluntad de razón y de libertad para todo el hombre, para todos los hombres– capaz de movilizarnos a cada momento, desde la insatisfacción vivida, contra toda violencia social y política, contra toda arbitrariedad. De aquí la urgencia de **pensar lo político** y su organización –el Estado– en tanto que esfera donde la exigencia universal de la moral recibe sus determinaciones. Es por y desde lo político que una comunidad histórica toma conciencia de lo que es, de lo que quiere, y de los problemas que se plantean a ella; es desde allí que se puede pensar el ser personas

–ciudadanos– como una acción: la de **inventar juntos**, cada día, nuevas posibilidades de una mejor vida para todos.

Otros dos trabajos latinoamericanos sobre razón moderna, sociedad y política completan y complementan nuestra reflexión desde perspectivas y acentos no necesariamente convergentes. **Marco Raúl Mejía** nos ofrece un inventario de las "fisuras" de la modernidad y de su racionalidad característica; al mismo tiempo, hace un breve balance de las alternativas que a ella se ofrecen en la actualidad: neoconservadora, pos-moderna, "verdaderamente" moderna... La preocupación que guía el análisis del autor es la articulación de un diálogo creativo y crítico desde nuestras comunidades culturales históricas latinoamericanas con esta modernidad y posmodernidad gestadas en los países del primer mundo y en las que también estamos inmersos. Esta articulación respetará nuestras identidades características y nuestra heterogeneidad cultural en la medida en que ella se nuclea desde nuestro ser sujeto, desde la autodeterminación de nuestros procesos y de nuestra reflexión. **Ignacio Lasaga**, por su parte, intenta una lectura insospechada de la **Filosofía del derecho** de Hegel, y de sus categorías, desde la realidad de las **organizaciones populares** en América Latina. Es en ellas que se muestra el presupuesto fundamental de la "eticidad" tal y como Hegel la entiende: "...el ideal de la praxis como acción cuyo fin es sí misma y el ideal de las virtudes ciudadanas". Se vislumbra aquí la participación de las organizaciones populares al proceso de la soberanía estatal, participación que redundará para el bien de toda la sociedad.

Nuestro número concluye con un trabajo de **José Luis Sáez** sobre Ortega y Gasset y las líneas directrices de lo que hubiera sido su "teoría de la comunicación humana". A pesar de lo breve y disperso de las opiniones del pensador español en torno a la comunicación, el autor se sorprende de la agudeza de pensamiento y visión de futuro que ellas revelan. Destacan ciertas afirmaciones que anticipan de alguna manera lo que McLuhan denominaría años más tarde "la aldea global".